

Inclinándose á su oído misteriosamente, agregó:

—Trato de encontrar el rojo de cobre de los chinos.

Y explicó lo que eran el barniz de la porcelana y el fuego lento.

Cuando llegó á casa de Chevet, le entregaron una gran cesta que hizo llevar al coche. Después escogió para «su pobre mujer» uvas, piñas, diferentes curiosidades de boca, y recomendó que las enviaran al día siguiente temprano.

Fueron enseguida á casa de un alquilador de trajes; tratábase de un baile. Arnoux escogió un calzón de terciopelo azul, casaca igual, una peluca roja, Federico un dominó, y bajaron en la calle de Laval, delante de una casa iluminada por farolillos de color, en el segundo piso.

Desde el pie de la escalera se oía el ruido de los violines.

—¿Dónde diablos me trae usted?—dijo Federico.

—A casa de una buena chica; no tenga usted miedo.

Un *groom* les abrió la puerta, y entraron en la antesala, en donde los paletós, las capetas y los chales andaban amontonados por las sillas. Una mujer joven, en traje de dragón Luis XV, atravesaba por allí en aquel momento; era la

señorita Rose-Anette Bron, la dueña del lugar.

—¿Y qué?—dijo Arnoux.

—Hecho—contestó ella.

—Gracias, angel mío—Y quiso abrazarla.

—Ten cuidado, imbécil; vas á estropear mi *maquinaria*.

Arnoux presentó á Federico.

—Choque usted, caballero; sea usted bien venido.

Separó un portier detrás de ella, y se puso á gritar enfáticamente:

—El Sr. Arnoux, marmitón, y un príncipe amigo suyo.

Federico se sintió al principio deslumbrado por las luces; no vió más que seda, terciopelo, hombros desnudos, una masa de colores que se balanceaba al son de una orquesta escondida entre verdes ramas, entre paredes colgadas de seda amarilla, con retratos al pastel, acá y allá, y candelabros de cristal estilo Luis XVI. Lámparas altas, cuyos globos raspados parecían bolas de nieve, dominaban cestas de flores colocadas en consolas, en los rincones; y enfrente, después de una segunda pieza, más pequeña, distinguíase, en una tercera, una cama con columnas torneadas, con una luna de Venecia en la cabecera.

Las danzas se pararon y hubo aplausos, una zambra de alegría á la vista de Arnoux, que se

adelantaba con su cesto en la cabeza; formando un bultó en medio las vituallas.

—Cuidado con la araña.

Federico alzó los ojos.

Era la araña de Sajonia antigua que adornaba la tienda del «Arte Industrial»; el recuerdo de aquellos pasados días vino á su memoria; pero un soldado de línea, en traje de diario, con ese aire bobo que da la tradición á los quintos, se plantó delante de él, abriendo los brazos para significar la admiración; y reconoció á pesar de los terribles bigotes negros, extremadamente engomados que le desfiguraban, á su antiguo amigo Hussonnet. En una algarabía mitad alsaciana, mitad negra, colmábale el bohemio de felicitaciones, llamándole su coronel. Federico, aturcido por todas aquellas personas, no sabía qué contestar. Sonó el golpe de un arco sobre un atril y bailarines y bailarinas se colocaron en su sitio.

Eran próximamente sesenta; las mujeres, en su mayoría de aldeanas ó marquesas, y los hombres, casi todos de edad madura, en trajes de carretero, descargador ó marinero.

Federico se colocó apoyado en una pared y miró la comparsa que tenía delante.

Un viejo, guapo, vestido como Dux de Venecia, con una larga toga de seda púrpura, bailaba con la señorita Rosanette, que llevaba

una casaca verde, calzón de punto y botas flexibles con espuelas de oro. La pareja de enfrente se componía de un gran *Arnauta* cargado de yataganes, y una suiza de ojos azules, blanca como la leche, gordita como una codorniz, en mangas de camisa y rojo corpiño. Para lucir su cabellera, que le llegaba á las corvas, una rubia alta, bailarina en la Opera, se disfrazó de mujer salvaje; y encima de su faja de color oscuro, no llevaba más que un ceñidor de cuero, brazaletes de vidrio y una diadema de oropel, de donde salía un alto plumero, de plumas de pavo real. Delante de ella, uno á lo *Pritchard* metido en un frac negro, grotescamente ancho, llevaba el compás, dando con el codo en una gran tabaquera. Un pastorcito Wateau, azul y plata, como rayo de luna, chocaba su cayado contra el tirso de una bacante, coronada de pámpanos, con una piel de leopardo sobre el lado izquierdo y coturnos con cintas de oro. De la otra parte, una polaca, con túnica de terciopelo nacarado, balanceaba su enagua de gasa sobre sus medias de seda gris perla, encerradas en botinas rosa adornadas con piel blanca, sonreía á un hombre de cuarenta años, panzón, disfrazado de niño de coro, que saltaba muy alto, levantando con una mano su sobrepelliz, y sujetando con la otra su solideo encarnado. Pero la reina, la estrella, era la señorita

Loulou, célebre bailarina de los bailes públicos. Como entonces estaba rica, llevaba una ancha gargantilla de encaje, sobre su casaca de terciopelo negro liso; y su ancho pantalalón de seda punzó, ceñido y sujeto á la cintura por una banda de cachemira, tenía á lo largo de las costuras pequeñas camelias blancas naturales. Su pálida figura, un poco abotagada y de nariz remangada, parecía aún más insolente por lo enmarañado de su peluca donde se sostenía un sombrero de hombre, de fieltro gris, doblado de un puñetazo sobre la oreja derecha; y en los saltos que pegaba, sus zapatos con hebillas de diamantes, llegaban hasta casi la nariz de su vecino, un gordo barón de la Edad Media, enredado en una armadura de hierro. También había allí un ángel, con una espada de oro en la mano, dos alas de cisne á la espalda, y que, yendo y viniendo, perdiendo á cada minuto su caballero, un Luis XIV, no comprendía nada de las figuras y dificultaba la contradanza.

Federico miraba aquellas personas y experimentaba un sentimiento de abandono, un malestar... Pensaba también en la señora de Arnoux y le parecía participar de algo hostil que se tramara contra ella.

Cuando el baile terminó, la señora Rosanette se le acercó. Hallábase un tanto jadeante,

y su gola, reluciente como un espejo, se movía blandamente debajo de la barba.

—¿Y usted caballero—dijo—no baila?

Federico se excusó; no sabía bailar.

—¿De veras? y conmigo, ¿se resuelve usted?

Y apoyada en una sola pierna, con la otra rodilla algo doblada, acariciando con la mano izquierda el puño de nacar de su espada, le miró durante un minuto, con aire medio suplicante, medio burlon. Por fin dijo:

—Buenas noches.

—Hizo una pirueta y desapareció.

Federico descontento de sí mismo, y no sabiendo qué hacer, se puso á vagar por el baile.

Entró en el tocador, guatado de seda azul pálido con ramos de flores de los campos; en el techo, y en un círculo de madera dorada, veíanse amorcillos que, naciendo de un cielo azul, jugueteaban entre nubes en forma de edredón. Aquellas elegancias, que serían hoy miserias para las semejantes de Rosanette, le deslumbraron; y lo admiró todo: las enredaderas artificiales de volubilis que adornaban el contorno del espejo, las cortinas de la chimenea, el diván turco, y en un ángulo de pared, una especie de tienda tapizada de seda rosa, con muselina blanca por encima. Muebles negros con marqueterías de bronce guarnecían el cuarto de dormir, donde se levantaba sobre un

estrado cubierto de plumas de cisne la gran cama de pabellón con plumas de avestruz. Agujas para la cabeza de pedrerías clavadas en acericos, sortijas dejadas en platillos, medallones con marcos de oro y cofrecillos de plata, se distinguían en la sombra, á la luz que despedía una urna de Bohemia, colgada de tres cadenas. Por una puertecita entreabierta, percibíase una templada estufa que ocupaba toda la anchura de una terraza, que terminaba por el otro lado en una pajarera.

Era aquel indudablemente un centro hecho para agradarle. En una brusca expansión de su juventud, se juró gozarlo y animóse; después volvió á la entrada del salón, donde entonces había ya más gente (todo se agitaba en una especie de pulverulencia luminosa) permaneció de pié contemplando las *cuadrillas*, entornando los ojos para ver mejor y husmeando las blandas emanaciones de mujeres que circulaban como inmenso beso esparcido.

Al otro lado de la puerta, cerca de él, estaba Pellerin; Pellerin en traje de sociedad, el brazo izquierdo en el pecho y sosteniendo en la mano derecha con su sombrero un guante blanco saltado.

—¡Calle! Mucho tiempo hace que no se le vé á usted ¿Dónde diablos ha estado? ¿de viajes? ¿en Italia? ¡Espléndida! ¿eh? la Italia. ¿No tan dura

como dicen? Lléveme usted un día los bocetos que haya usted sacado.

Y sin esperar su respuesta, el artista se puso á hablar de sí mismo. Había hecho muchos progresos, y reconocido definitivamente las tonterías. No se debía dar más importancia á la belleza y la unidad en una obra, que al carácter y á la diversidad de las cosas.

—Por que todo existe en la naturaleza, luego todo es lejítimo, todo es plástico. Se trata únicamente de recoger la nota. He descubierto el secreto.

Y dándole con el codo, repitió muchas veces:

—He descubierto el secreto, ¿ve usted? Así, fijése usted en aquella mujercita peinada como esfinge que baila con un postillón ruso; eso es neto, seco, determinado, todo más grueso que ancho, y de tonos crudos: añil debajo de los ojos, una lámina de cinabrio en la mejilla, hollín en las sienas ¡pif paf!

Y trazaba con el pulgar como pinceladas en el aire.

—Mientras allá, la gorda—continuó señalando á una verdulera, con traje cereza, una cruz de oro al cuello y una pañoleta de linón atada á la espalda—nada más que redondeces; las narices remangadas como las aldetas de su gorra, los extremos de la boca se vuelven hácia arriba, la

barba descendiendo, todo es graso, derretido, copioso, tranquilo y reluciente: ¡un verdadero Rubens! Sin embargo, son perfectas. ¿Dónde está, pues, el tipo?

Y se acaloraba.

—¿Qué es una mujer bonita? ¿qué es lo bello?

Ah! lo bello, me dirá usted...

Federico le interrumpió para saber quién era un *pierrrot* de perfil de macho cabrío con trazas de bendecir á todos los bailarines en medio de una reunión de pastores.

—Pues nada; un viudo, padre de tres muchachos. Les deja sin calzones, pasa su vida en el club y se entiende con la criada.

—¿Y aquel, vestido de juez, que habla en el hueco de la ventana con una marquesa *pompador*?

—La marquesa es la señora de Vandaël, antigua actriz del Gimnasio, la amante del Dux, el conde de Palazot. Hace veinte años que están juntos; no se sabe por qué. Tenía buenos ojos antes esa mujer. En cuanto al ciudadano que está á su lado, le llaman el capitán de Herbigny, un viejo del antiguo régimen, que tiene por única fortuna su cruz de honor y su pensión, sirve de tío á las grisetas en las solemnidades, arregla los duelos y come siempre de convite.

—Un canalla—dijo Federico.

—No; un hombre honrado.

—¡Ah!

El artista le nombró otros varios, y percibiendo á un señor, que llevaba, como los médicos de Molière, una gran toga de sarga negra, pero muy abierta de arriba abajo, para enseñar todos sus dijes, añadió:

—Este representa al doctor Des Rogis; rabioso por no ser célebre, ha escrito un libro de pornografía médica, embetuna con gusto las botas al gran mundo; es discreto, y estas señoras le adoran. Él y su esposa (aquella flaca castellana de traje gris) se arrastran por todos los sitios públicos y otros. A pesar de la estrechez con que viven, *reciben un día* dando tés artísticos donde se dicen versos. ¡Atención!

Con efecto, el doctor se les acercó, y pronto formaron todos tres, á la entrada del salón, un grupo de habladores, á que vino á reunirse Hussonnet, después el amante de la mujer salvaje, un poeta joven, que exhibía, bajo una corta capa á lo Francisco I, la más endeble de las anatomías, y por fin, un chico de ingenio, disfrazado de turco, de guardarropía. Pero su casaca de galones amarillos había viajado tanto sobre la espalda de los dentistas ambulantes, su ancho pantalón de pliegues, era de un encarnado tan desteñido, su turbante enrollado como una anguila á la tártara, de un aspecto tan pobre todo su traje, en fin, de tal suerte deplorable y gasta-

do, que las mujeres no disimulaban su disgusto. El doctor le consolaba con grandes elogios acerca de la Cargadora, su amante. Este turco era hijo de un banquero.

Entre dos *cuadrillas*, Rosanette se encaminó hacia la chimenea, cerca de la que se hallaba instalado en una butaca, un obeso viejecillo, con frac marrón de botón dorado. A pesar de sus mejillas ajadas que caían sobre su alta corbata blanca, su pelo, rubio todavía, y naturalmente rizado como el de un perro de aguas, le daban el aspecto de algo retozón. Escuchóle ella inclinada hacia su rostro. Después le preparó un vaso de jarabe; y nada más mono que aquellas manos cubiertas de los encajes que salían de su casaca verde. Cuando el buen hombre hubo bebido, las besó.

—¡Pues si es el Sr. Oudry, el vecino de Arnoux!

—¡Él lo ha perdido!— dijo riendo Pellerin.

—¿Cómo?

Un postillón de Longjumeau la cogió por la cintura, porque empezaba un vals. Entonces todas las mujeres, sentadas en las banquetas de alrededor del salón, se levantaron á la desbandada, prontamente; y sus enaguas, sus bandas, sus tocados, giraron á seguida.

Y giraban ellas tan cerca de Federico, que distinguía las gotas de sus frentes, y aquel mo-

vimiento giratorio, cada vez más vivo y regular, vertiginoso, comunicando á su pensamiento una especie de embriaguez, hacía que en él surgieran otras imágenes, mientras que todas pasaban en el mismo desvanecimiento, y cada una con una excitación particular, según el género de su belleza... La Polaca, que se abandonaba de una manera lánguida, le inspiraba gana de estrecharla contra su corazón, desfilando ambos en un trineo, por una planicie de hielo. Horizontes de voluptuosidad tranquila á orillas del lago, en una quinta, se desarrollaban á los pasos de la Suiza, que valsaba con el torso derecho y los párpados caídos.

Después, de repente, la Bacante, con su cabeza morena echada hácia atrás, le hacía soñar con caricias devoradoras, en bosques de adelfas, en tiempo tormentoso, al confuso ruido de los tamboriles.

La Verdulera, á quien ahogaba el compás excesivamente rápido, lanzaba carcajadas, y hubiera él querido, bebiendo con ella en las porchiquerías, jugar con ambas manos con su pañoleta como en los buenos tiempos antiguos.

Pero la Cargadora, cuyos pies lijeros apenas si tocaban el suelo, parecía guardar en la sutileza de sus miembros y la seriedad de su sem-

blante todos los refinamientos del amor moderno, que tiene la exactitud de una ciencia y la movilidad de un pájaro. Rosanette giraba, con la mano en la cadera; su peluca de castaña saltaba sobre su cuello, enviando polvo de iris á su alrededor; y á cada vuelta, con la punta de sus espuelas de oro, casi tocaba á Federico.

Al último acorde del vals, se presentó la señorita Vatnaz, que llevaba un pañuelo argelino en la cabeza, muchos cequies sobre la frente, antimonio en el rabillo de los ojos, con una especie de paletó de cachemira negro, que caía sobre una enagua clara, bordada de plata, y por fin, en la mano un tamboril vascongado.

Detrás de ella iba un muchacho alto, con el traje clásico del Dante, y que era, (ya no se ocultaba ella) el antiguo cantante de la Alhambra; que llamándose Augusto Delamare, se hizo llamar primero Anténor Dellamarre, después Delmas, después Belmar, y finalmente, Delmar, modificando así y perfeccionando su nombre, según su gloria creciente, porque había dejado el baile público por el teatro, y hasta acababa de estrenarse ruidosamente en el Ambigú, en *Gaspardo el Pescador*.

Hussonnet, al verle, se enfurruñó. Desde que rechazaron su pieza, execraba á los cómicos.

Nadie podía imaginarse la vanidad de esos señores, de aquel, sobre todo.

—¡Qué petulante, vean ustedes!

Después de un lijero saludo á Rosanette, Delmar se adosó á la chimenea, y allí permaneció inmóvil, con una mano sobre el corazón, el pié izquierdo adelante, los ojos al cielo, con su corona de dorados laureles por cima de su capuchón, esforzándose por poner en su mirada mucha poesía para fascinar á las señoras. Formábase, de lejos, un gran círculo á su alrededor. Pero la Vatnaz, cuando abrazó á sus anchas á Rosanette, vino á rogar á Hussonnet que revisara, bajo el punto de vista del estilo, una obra de educación que quería publicar: *La Guirnalda de las señoritas...* colección de literatura y moral. El literato prometió su concurso. Entonces, le preguntó si no podría, en un periódico de los que tenía á su disposición, hacer un poco de atmósfera en favor de su amigo, y hasta confiarle más tarde un papel. Hussonnet se olvidó de tomar un vaso de ponche.

Arnoux lo había fabricado, y seguido por el *groom* del conde que llevaba una bandeja vacía, lo ofrecía á las gentes con satisfacción.

Cuando pasó por delante del Sr. Oudry, Rosanette le detuvo.

—¿Y bien? ¿y aquel negocio?

Ruborizóse él un poco, y dirigiéndose por fin al buen hombre, dijo:

—Nuestra amiga me ha dicho que usted tendrá la bondad...

—¿Cómo no? vecino, á la disposición de usted.

Y se pronunció el nombre del Sr. Dambreuse; como hablaban á media voz, Federico les oía confusamente.

Se dirigió al otro lado de la chimenea donde Rosanette y Delmar hablaban juntos.

El cómico de la legua tenía una cara vulgar, hecha como las decoraciones de los teatros, para ser vista desde lejos, manos crasas, piés grandes, una mandíbula tosca. Denigraba á los actores más ilustres, trataba por encima del hombro á los poetas: decía: «mi órgano, mi físico, mis medios,» esmaltando su discurso de palabras poco inteligibles para él mismo, y á las que era aficionado, como «*morbidezza*, análogo y homogeneidad».

Rosanette le oía con pequeños movimientos de cabeza aprobatorios; veíase la admiración pintarse bajo la pintura de sus mejillas; y algo de húmedo pasaba, como un velo, sobre sus ojos claros, de indefinible color. ¿Cómo semejante hombre podía encantarla? Federico se excitaba interiormente á despreciarle aún más,

para borrar quizás la especie de envidia que le tenía.

La señorita Vatnaz, se hallaba entonces con Arnoux, y aunque siendo muy alto, de cuando en cuando, lanzaba una mirada sobre su amiga, á quien el Sr. Oudry no perdía de vista.

Después Arnoux y la Vatnaz desaparecieron; el buen hombre fué á hablar bajo con Rosanette.

—Bien; sí; está convenido. Déjeme usted en paz.

Y rogó á Federico que fuera á la cocina á ver si Arnoux estaba allí.

Un batallón de vasos medio llenos cubría el suelo; y las cacerolas, las marmitas, la tartera, la sartén, saltaban. Arnoux mandaba á los criados tuteándoles, batía la salsa y la probaba, regocijándose con la sirvienta.

—Bueno,—dijo—avísele usted que se vá á servir.

Ya no se bailaba; las mujeres iban á sentarse nuevamente; los hombres se paseaban. En el centro del salón, una de las cortinas colgadas de una ventana se inflaba al viento; y la Esfinge á pesar de las observaciones de todo el mundo, exponía á la corriente del aire sus brazos sudorosos. ¿Dónde se encontraba Rosanette? Federico la buscó más lejos hasta el toca-



dor y el cuarto de dormir. Algunos, para estar solos, ó dos, á dos se habían refugiado allí. La sombra y los cuchicheos se mezclaban. Se oían risitas debajo de los pañuelos, y se percibían al borde de los corsés movimientos de abanico, lentos y dulces como el aleteo de pájaro herido.

Al entrar en la estufa vió, bajo las anchas hojas de un caladium, junto al salto de agua, á Delmar, acostado por completo sobre el canapé de hierro; Rosanette, sentada á su lado, tenía la mano entre su pelo, y se miraban. En el mismo instante Arnoux entró por el otro extremo, el de la pajarera. Delmar se levantó de un salto, después salió con lento paso sin volverse, y hasta se detuvo cerca de la puerta para coger una flor de malvavisco, que puso en su ojal. Rosanette bajó la cara; Federico que la veía de perfil, notó que lloraba.

—¡Calla! ¿qué tienes?—dijo Arnoux.

Ella se encogió de hombros sin responder.

—¿Es por su culpa?—repuso.

Ella le echó los brazos al cuello y besándole en la frente, dijo con lentitud:

—Bien sabes que siempre te amaré, gordo mío. No pensemos más en ello. Vamos á cenar.

Una araña de bronce de cuarenta bujías alumbraba la sala, cuyas paredes desaparecían

debajo de barro antiguos colgados en ellas; y aquella luz cruda, cayendo á plomo, hacía más blanco aún, entre los entremeses y las frutas, un gigantesco rodaballo que ocupaba el centro del mantel, lleno de platos de sopa á la pepitoria.

Con el roce de las telas, las mujeres, amontonando sus faldas, sus mangas y sus bandas, se sentaron unas junto á otras; los hombres, de pié, ocuparon los rincones; Pellerin y el Sr. Oudry fueron colocados al lado de Rosanette; Arnoux estaba enfrente. Palazot y su amiga acababan de marcharse.

—¡Buen viaje!—dijo ella—ataquemos.

Y el Niño de coro, hombre chistoso, haciendo la señal de la cruz, empezó el *Benedicite*.

Las señoras se escandalizaron, y principalmente la Verdulera, madre de una hija de que quería hacer una mujer honrada. Arnoux tampoco «gustaba de aquello», pensando que debía respetarse la religión.

Un reló alemán, provisto de un gallo, dando las dos, provocó acerca del cuclillo algunas bromas. Toda clase de conversaciones se sucedieron: *quid pro quos*, anécdotas, jactancias, apuestas, mentiras sostenidas por verdades, asertos improbables, un tumulto de palabras que pronto se convirtió en conversaciones par-

ticulares. Los vinos circulaban, los platos se sucedían, el doctor servía. Desde lejos se tiraban naranjas, taponos, se dejaba el sitio para hablar con alguien. Con frecuencia Rosanette se volvía hacia Delmar, inmóvil detrás de ella; Pellerin charlaba; el Sr. Oudry sonreía; la señorita Vatnaz se comía casi ella sola el bosque de cangrejos, cuyos caparazones sonaban entre sus largos dientes. El Angel, colocado sobre el taburete del piano (único sitio en que sus alas le permitieron sentarse) masticaba placidamente, sin interrupción.

—¡Qué tenedor!—repetía el Niño de coro—¡qué tenedor!

Y la Esfinje bebía aguardiente, gritaba á pulmón batiente, se movía como un demonio. De repente se hincharon sus mejillas, y no resistiendo ya á la sangre que la ahogaba, llevó la servilleta á sus labios y luego la tiró debajo de la mesa.

Federico la había visto.

—Eso no es nada.

Y á sus instancias para que se marchara á cuidarse, respondió lentamente:

—¿Para qué?—lo mismo dá una cosa que otra; la vida no es tan agradable.

Entonces estremecióse él, sobrecogido por una tristeza glacial, como si hubiera entrevisto mundos enteros de miseria y desesperación,

un brasero de carbón junto á un camastro, y los cadáveres de la Morgue con sus cubiertas de cuero y el chorro de agua fría que corre por sus pelos.

A todo esto, Hussonnet, agachapado á los piés de la mujer Salvaje, gritaba con voz ronca, para imitar al actor Grassot:

—No seas cruel; ¡oh, Celuta! esta pequeña fiesta de familia es encantadora. Embriagadme de voluptuosidades, ¡amores míos! Retocemos, retocemos.

Y se puso á besar á las mujeres en los hombros. Ellas se estremecían, pinchadas por sus bigotes; después ideó romper un plato con la cabeza, dándole un golpecito. Le imitaron otros; los pedazos de porcelana volaban como tejas en día de viento fuerte, y la Cargadora decía:

—No se contengan ustedes, eso no cuesta nada. El burgués que lo fabrica nos lo regala.

Todos los ojos se dirigieron á Arnoux, que replicó:

—Con factura; permítanme ustedes—deseando, indudablemente pasar por no ser, ó no ser ya, el amante de Rosanette.

En esto se oyeron dos voces furiosas:

—¡Imbécil!

—¡Tunante!

—Estoy á las órdenes de usted.

—Yo á las de usted.

Aquello era que disputaban el caballero de la Edad Media y el Postillón ruso, por haber sostenido éste que las armaduras dispensaban el ser valientes, y el otro lo había tomado por una injuria. Quería batirse, todos se interpusieron, y el Capitán, en medio del tumulto, trataba de hacerse oír.

—¡Señores; escúchenme ustedes una palabral Yo tengo experiencia de estas cosas, señores.

Rosanette dió con su cuchillo en un vaso y acabó por obtener silencio; y dirigiéndose al caballero que conservaba su casco, y luego al Postillón, que tenía una gorra de mucho pelo, dijo:

—Quítese usted primero su cacerola; eso me ahoga; y usted, abajo esa cabeza de lobo. ¿Quieren ustedes obedecerme, pardiez? Mírenme ustedes las espuelas, ¡soy la Mariscalal

Obedecieron ellos, y todos aplaudieron gritando:

—¡Viva la Mariscalal ¡viva la Mariscalal

Entonces cogió de encima de la estufa una botella de vino de Champagne, y lo echó de muy alto en las copas que le presentaban. Como la mesa era demasiado ancha, los convidados, especialmente las mujeres, se fueron á su lado, levantándose sobre la punta de los pies, sobre

los palos de las sillas, formando durante un minuto un grupo piramidal de peinados, de hombros desnudos, de brazos extendidos, de cuerpos inclinados; y grandes chorros de vino lo regaban todo, porque el Pierrot y Arnoux, en los dos extremos de la sala, destapando cada uno una botella, salpicaban las caras. Los pajarillos de la pajarera, cuya puerta se había dejado abierta, invadían la sala, todos espantados, revoloteando alrededor de la araña, dándose contra los cristales, contra los muebles, y algunos subidos en las cabezas, formaban en el centro de los cabellos como anchas flores.

Los músicos se habían marchado; llevóse el piano de la antesala al salón; la Vatz se puso á él y acompañada por el Niño de coro, que golpeaba el tambor vasco, empezó una contradanza con furia, pisando las teclas como caballo que piafa, y moviendo la cintura para marcar mejor el compás. La Mariscalal arrastró á Federico; Hussonnet hacia la rueda, la Cargadora se dislocaba como un clown, el Pierrot tomaba maneras de orangután, la Salvaje, con los brazos abiertos, imitaba la oscilación de una chalupa. Por fin, todos, no pudiendo ya más, se detuvieron, y se abrió una ventana.

Penetró la luz del día con la frescura de la mañana; hubo una exclamación de sorpresa y después silencio. Las llamas amarillentas vaci.

laban, haciendo de cuando en cuando estallar las arandelas. Cintas, flores y perlas sembraban el piso; manchas de ponche y de jarabe llenaban las consolas; las colgaduras estaban sucias, los trajes estropeados, llenos de polvo; las trenzas de pelo colgaban sobre los hombros, y la pintura, confundándose y corriendo con el sudor, descubría pálidos rostros, cuyos rojos párpados se cerraban.

La Mariscala, fresca como si saliera de un baño, tenía las mejillas rosadas, los ojos brillantes, arrojó lejos su peluca, y sus cabellos cayeron á su alrededor como una piel, no dejando ver de todo su vestido más que su calzón, cosa que producía un efecto cómico y lindo á la vez.

La Esfinge, cuyos dientes chocaban de fiebre, tuvo necesidad de un chal. Rosanette corrió á su cuarto para buscarlo, y como la otra la seguía, le cerró vivamente la puerta en las narices.

El Turco observó, en voz alta, que no se había visto salir al Sr. Oudry. Nadie recogió aquella malicia, tan cansado estaba todo el mundo.

Después, esperando los carruajes, se abrigaron en las capellinas y las capas. Sonaron las siete.

El Angel continuaba en el comedor, sen-

tado delante de una compota de manteca y de sardinas, y la Verdulera, á su salud, fumaba cigarrillos, dándole al par consejos acerca de la existencia.

Por fin llegaron los coches y se fueron los invitados. Hussonnet, empleado en una correspondencia para provincias, debía leer antes de almorzar cincuenta y tres periódicos; la Salvaje tenía ensayo en su teatro; Pellerin, un modelo; el Niño de coro, tres citas. A todo esto, el Angel, cogida por los primeros síntomas de una indigestión, no pudo levantarse. El Barón de la Edad Media la llevó hasta el coche.

—Tenga usted cuidado con sus alas—gritó por la ventana la Cargadora.

Estaban ya en la meseta, cuando la señorita Vatnaz decía á Rosanette:

—Adios, querida, ha estado muy bien tu tertulia.

Después añadió á su oído:

—Guárdale.

—Hasta mejores tiempos—contestó la Mariscala volviéndole la espalda, lentamente.

Arnoux y Federico se volvieron juntos, como habían venido. El comerciante de porcelanas tenía un aire de tal modo sombrío, que su compañero le creyó indispuerto.

—¿Yo? no por cierto.

Y se mordía el bigote, fruncía el entrecejo

y Federico le preguntó si le atormentaban sus negocios.

—¡De ninguna manera!

Después, preguntó á su vez de repente:

—Conoce usted ¿no es verdad? al tío Oudry,

Y agregó con expresión de odio:

—Es rico, el viejo bribón.

Enseguida, Arnoux habló de una cochura importante que debían acabar aquel día en su fábrica. Quería verla. El tren salía una hora más tarde.

—Es preciso, sin embargo, que vaya á abrazar á mi mujer.

—¡Ah! ¡su mujer!—pensó Federico.

Se acostó con un dolor intolerable en la cabeza; bebió una botella de agua para calmar la sed. Otra sed se le había despertado, la de las mujeres, del lujo y de todo lo que lleva en sí la vida parisién. Sentíase algo aturdido, como hombre que desembarca; y en la alucinación del primer sueño, veía pasar y repasar continuamente los hombros de la Verdulera, las caderas de la Cargadora, las pantorri-llas de la Polaca, la cabellera de la Salvaje.

Después, dos grandes ojos negros que no estaban en el baile, aparecieron; y lijeros como mariposas, ardientes como antorchas, iban, venían, vibraban, subían á la cornisa, bajaban hasta su boca. Federico se empeñaba en reco-

nocer aquellos ojos sin conseguirlo. Pero ya el sueño le había cogido; parecía que se hallaba enganchado al lado de Arnoux, á la lanza de un carruaje, y que la Mariscalá, á horcajadas sobre él, le rasgaba el vientre con sus espuelas de oro.

